

CAPITULO VIII.

LA BATALLA DE CALDERON.

I.

La junta de generales opinó por presentar batalla á los realistas, en el puente de Calderon.

Noventa y seis piezas se llevaron al lugar del combate.

El 14 de Enero de 1811 á las doce en punto del dia comenzó á salir de Guadalajara el ejército independiente.

Hidalgo y Allende iban al frente de la columna, á cuya vanguardia se veia lo mas granado de las tropas.

Siete mil indios flecheros traídos de Cololotlan cerraban la marcha; parecia un ejército de mallorquines y cartagineses en marcha para el campo de los combates.

Acampó el ejército en las llanuras moviéndose despues al punto de la *Laja*, donde pernoctó.

Reuniéronse los jefes bajo la tienda de Hidalgo para celebrar una última conferencia.

—Señores, dijo el caudillo, acaban de ser derrotadas nuestras

tropas en Urepetiro, y esto puede introducir variacion en nuestro plan de campaña.

—Me permito hacer una indicacion, dijo Allende: con esta derrota estamos algo desconcertados, dejemos entrar á la plaza á Calleja, dividamos en dos trozos el ejército para que él divida el suyo, y atendiendo á la superioridad numérica lo batimos indefectiblemente.

—Yo, dijo Aldama, soy de esa misma opinion, y aun creo que existe una razon superior, y es que nuestro ejército aun no está en disposicion de afrontar una batalla campal con las tropas disciplinadas de Calleja.

—Ahí está *Granaditas*, ahí las *Cruces*, dijo Hidalgo algun tanto alterado.

—Ahí están tambien San Gerónimo Aculco y Guanajuato, señor general, esas acciones hablan muy alto en favor de lo expuesto que es el camino que llevamos.

—Yo soy de opinion, continuó Hidalgo, que un ejército es para batirse, que si las fuerzas de Iriarte salen de Zacatecas, podia flanquear á los realistas en los momentos en que nosotros le presentábamos batalla.

—Calleja, repuso Allende, ha formado un núcleo terrible, y el mayor número de nuestros soldados nos dará como otras veces por resultado el desórden y la confusion.

—Los azares de una batalla no están nunca en el poder humano, y si se reflexionasen las eventualidades que pueden surgir en un momento dado, no se libraria jamas un combate.

—No me habeis permitido pasar á Zacatecas por las fuerzas de Iriarte, para tener mas elementos, es decir, mas probabilidades de éxito.

—Desconfio de ese miserable y temo que os haga caer en un lazo que comprometa vuestra existencia; ademas, que esa gente no está mas instruida que la nuestra.

—Entónces tomemos otro rumbo, hagamos una marcha forzada y ocupemos las ciudades que los realistas dejen desguarneci-

das, hasta que podamos estar en disposicion de pelear con ventaja.

--Noventa y seis piezas están colocadas sobre las posiciones, un gran ejército las defiende; antes de llegar á la arma blanca, nuestros cañones los habrán destrozado; yo no puedo hacer movimientos ligeros con un número tan inmenso de gente.

—Estoy sospechando, señor cura, dijo Allende con el rostro enrojecido por la cólera, que se me está teniendo por un cobarde, y vive Dios que está el miedo muy léjos de mi alma!

—No os exalteis, se trata de discutir y.-----

—Yo no entro mas en el debate, repito que mi opinion es, y ojalá que me equivoque! que mañana, señor cura Hidalgo, estamos derrotados.

—Habeis perdido la fé.

—No por mi nombre, dadme la vanguardia y me vereis batir como el primero!

—Jamás he desconfiado de vuestro valor, señor general, y creedme, yo no veo mas intereses que los de la patria, no quiero malograr el entusiasmo de las tropas; vos mismo condenásteis mi retirada de las Cruces, diciendo que el ejército perdía su moral, y hablábais sobre un campo de victoria; ¿que sería hoy despues de los desastres de Aculco y Guanajuato?----- la desercion, el desbandamiento!----- prefiero la derrota; porque queda aún el sentimiento del orgullo ofendido.----- Una bandera en jirones y acribillada por las balas, va bien en la mano de cualquier soldado; pero un pendon que preside la retirada de un ejército va cubierto de vergüenza!

—Eso lo dice vuestro patriotismo, pero lo niega el arte de la guerra.

—Nada adelantamos, señores, con este debate; pongamos á votacion el negocio, y decida la mayoría.

Herido el amor propio de los jefes y aun del mismo Allende, se votó por la afirmativa, y el ejército tomó su colocacion sobre las rocas de aquel puente histórico.

II.

En la tarde del 16 de Enero de 1811, Calleja llegó al pueblo de la Joya, que está sobre el camino de Guadalajara.

Avanzáronse las guerrillas y á pocos momentos se encontraron con las de los insurgentes, que comenzaron á tirotearlas hasta replegarlas á su campo.

El cuerpo de observacion de Hidalgo levantó multitud de lumbradas, que asemejaban un gran incendio en las llanuras y las montañas.

Pasóse la noche en expectativa hasta que la luz primera de la mañana alumbró los campos.

El ejército de Hidalgo ocupaba una eminencia escarpada, que se extendía á la izquierda de un pequeño rio, límite entre los dos ejércitos, en una prolongacion de tres cuartos de legua.

Esta altura moria en una llanura, donde estaba concentrado el grueso de las fuerzas independientes.

En la loma se habia colocado una gran batería, apoyando su retaguardia en un gran barranco, y otras baterías adyacentes, que cruzaban sus fuegos defendiendo todo el anfiteatro por donde tenia que atravesar el ejército de Calleja.

Una barranca extendida del Este al Sudoeste imposibilitaba el paso precisando al enemigo á arrojarle sobre el puente teniendo que forzar la posicion.

No habia mas que afrontar el peligro. Calleja dividió en dos trozos su ejército, tomando el mando de la primera seccion y encomendando la segunda al conde de la Cadena.

Ordenó que esa division atacase la izquierda del enemigo, cuando él se lanzase sobre la derecha de tan formidable reducto, reuniéndose ambas divisiones caso de una victoria sobre la cima de la pequeña montaña.

Cadena hizo el movimiento convenido y la batalla se generalizó en la línea toda, permaneciendo indecisa durante tres horas en que las baterías de los insurgentes detenían el avance del enemigo.

Flon quiso arrebatárle el triunfo á Calleja, y se arrojó sobre las baterías de Hidalgo, y fué tres veces rechazado poniéndolo la última en completa dispersion.

La caballería realista contuvo el desórden y Calleja acudió personalmente á evitar los estragos de una derrota.

La victoria estaba al declararse por los insurgentes, porque la division Calleja y la del conde habian fracasado en su primer intento.

Los insurgentes cargaron sobre la caballería realista con tal ímpetu, que el regimiento de San Carlos retrocedió por dos veces y empezó á huir á ejemplo de su coronel.

Las baterías de Hidalgo no cesaban de jugar sobre el ejército de Calleja que ya estaba derrotado, cuando un fatal incidente vino á dar un colorido siniestro á la batalla, y á oscurecer el iris tendido sobre el cielo de aquel combate.

Una granada cayó en el parque de los insurgentes, y lo incendió súbitamente produciendo una explosion gigante y un estrago terrible.

Los cajones de parque que en el calor de la accion se habian aglomerado junto á las baterías imprudentemente, se incendiaron, haciendo volar á los artilleros y tropa que sostenia las baterías.

Los cañones se desbarrancaron al hacerse pedazos la curcñas.

Llegó el fuego á los *almiaces*, y una llama se alzó hasta las nubes, y el humo envolvió al ejército insurgente porque el viento soplaba en contrario.

La ira de Dios hubiera sido ménos implacable!

Los soldados comenzaron á huir despavoridos, perdióse el órden de la formacion y comenzó la derrota.

Allende estaba herido, pero su valor no decaía: tomó lo que pudo de aquellas fuerzas y se hizo fuerte en una loma cercana.

Calleja se encontraba de improviso vencedor, así es que llegó al puente sin disparar un tiro; ¡tan fácil triunfo le concedió la fatalidad!

Aquellos soldados, pocos momentos ántes trémulos y cobardes, tomaron brio al ver huir en todas direcciones á los insurgentes, sin atreverse á perseguirlos.

La batería de Allende fué tomada á la bayoneta y los caudillos tuvieron que retirarse en medio del mas espantoso de los desastres.

El conde de la Cadena quiso darse aires de vencedor trayendo para cubrir su derrota, un gran número de prisioneros, así es que se lanzó con sus dragones en pos de los dispersos.

La escolta de Allende iba á ser la primera víctima.

Volvióse el jóven general y vió á sus soldados con una mirada terrible.

Los soldados lo comprendieron, y lijeros como el rayo acometieron á sus perseguidores, apresaron al conde de la Cadena, le atravesaron cien veces el corazon y prendiéndole un lazo al cuello lo arrastraron por las rocas del camino deshaciéndole el cráneo contra las piedras.

Al dia siguiente unos indios llevaron aquel cadáver mutilado, al campo donde Calleja celebraba sus triunfos.

Aquella batalla ganada por Hidalgo hubiera hecho la independencia de América en ese dia memorable.

Dios no quiso dar la victoria á las armas independientes; en sus altos designios señalaba aquella catástrofe como una prueba dolorosa, al pueblo que marchaba al calvario de su redencion y de su libertad.